

LA BÚSQUEDA DE LA PALABRA POÉTICA EN “TIEMPOS LÍQUIDOS”: *EL HOMBRE QUE QUERÍA ESCRIBIR UNA CARTA*

A BUSCA DA PALABRA POÉTICA EN “TEMPOS LÍQUIDOS”:  
*EL HOMBRE QUE QUERÍA ESCRIBIR UNA CARTA*

THE RESEARCH OF THE POETIC WORD EN “TEMPOS LÍQUIDOS”:  
*EL HOMBRE QUE QUERÍA ESCRIBIR UNA CARTA*

Jorge Ladino Gaitán Bayona

University of Tolima, Colombia

[jlgaitan@ut.edu.co](mailto:jlgaitan@ut.edu.co)



**Resumen:** En “tiempos líquidos” los afectos se asemejan a objetos de consumo y la vida parece agua que escapa de las manos (como plantea Zygmunt Bauman en sus libros). El sujeto contemporáneo necesita la escritura como morada que lo salve del olvido. Una carta personal es la posibilidad de establecer vínculos amorosos de largo aliento, de quebrar un orden normalizado donde no importan las personas sino sus funciones empresariales. Estas cuestiones son recreadas en *El hombre que quería escribir una carta* (2002), nouvelle de Evelio José Rosero. Ella rompe con la tradición colombiana en el ámbito de la literatura juvenil, que priorizaba el uso del terror, lo fantástico o historias de adolescentes incomprendidos en sus familias y afectados por el bullying. En lugar de aventuras sobrenaturales cuenta la aventura de la escritura de alguien que no es adolescente. El objetivo primordial de este artículo es analizar cómo en la nouvelle de Evelio José Rosero el juego metaficcional cuestiona una globalización donde el trabajo, el consumismo y los placeres televisivos relegan a un segundo plano afectos, familia y escritura. Este artículo se enriquece con planteamientos de Nathalie Sarraute, Maurice Blanchot, Theodore Adorno, Friedrich Schiller, Patricia Waugh y Jorge Luis Borges.

**Palabras clave:** carta, “tiempos líquidos”, trascendencia, metaficción.

**Resumo:** En “tempos líquidos” os afectos semellan obxectos de consumo e a vida parece auga que escapa das mans (como propón Zygmunt Bauman nos seus libros). O suxeito contemporáneo precisa da escritura como fogar que o salve do esquecemento. Unha carta persoal é a posibilidade de establecer vínculos amorosos de longo alento, de quebrar unha orde normalizada onde non importan as persoas senón as súas función empresariais. Estas cuestións créanse en *El hombre que quería escribir una carta* (2002), nouvelle de Evelio José Rosero. Ela rompe coa tradición colombiana no ámbito da literatura xuvenil, que priorizaba o uso do terror, o fantástico ou historias de adolescentes incomprendidos nas súas familias e afectados polo bullying. En lugar de aventuras sobrenaturais conta a aventura da escritura de alguén que non é adolescente. O obxectivo primordial deste artigo é analizar como na nouvelle de Evelio José Rosero o xogo metaficcional cuestiona unha globalización onde o traballo, o consumismo e os praceres televisivos relegan a un segundo plano afectos, familia e escritura. Este artigo enriquecese con achegas de Nathalie Sarraute, Maurice Blanchot, Theodore Adorno, Friedrich Schiller, Patricia Waugh e Jorge Luis Borges.

**Palabras chave:** carta, “tempos líquidos”, trascendencia, metaficción.

**Abstract:** In “liquid times” affections seem objects of consumption and life is water escaping from the hands (as suggested Zygmunt Bauman in his books). The subject needs writing as home to save him from oblivion. A personal letter is the possibility of long-winded love ties, breaking a standardized order where people care only by their business functions. These issues are re-created in *El hombre que quería escribir una carta* (2002), by Evelio José Rosero. This nouvelle breaks with the Colombian tradition in the field of children's literature, which prioritized the use of terror, fantasy or stories of teenagers misunderstood in their families and affected by bullying. Instead of supernatural adventures, it tells the adventure of writing from someone who is not a teenager. The primary objective of this article is to analyze how the metafictional game questions a globalization where work, consumerism and TV pleasures are more important than family and writing. This article uses concepts by Nathalie Sarraute, Maurice Blanchot, Theodor Adorno, Friedrich Schiller, Patricia Waugh and Jorge Luis Borges.

**Keywords:** letter, “liquid times”, transcendence, metafiction.

Gaitán Bayona, Jorge Ladino (2016).

“La búsqueda de la palabra poética en ‘tiempos líquidos’:

*El hombre que quería escribir una carta*”.

*Elos. Revista de Literatura Infantil e Xuvenil*, 3, “Notas”, 129-142. ISSN 2386-7620.

DOI <http://dx.doi.org/10.15304/elos.3.3201>

## Introducción

“En verdad te digo, no era una carta, sino un jardín de rosas”

Abdul Baha

Antes de Internet, las redes sociales y nuevas tecnologías, las personas con capital simbólico tenían una entrañable relación con las cartas. Con ellas poetizaron su paso por la tierra, cosecharon amores y dejaron valiosos testimonios sobre sus malestares con las sociedades de su época. La globalización ha exiliado las cartas personales. El afán exige breves correos electrónicos, mensajes rápidos en un muro de *Facebook* o frases sueltas en *Twitter*, en las cuales es frecuente el plagio y las palabras mutiladas. Abundan, no obstante, las cartas comerciales y de despido, frías en cifras y argumentos para sostener una economía despojada de Humanismo. Ahora es inusual despreocuparse del trabajo para tratar de escribir una carta afectiva de largo aliento en la palabra. Dicha rareza es bella cuando se refigura en la ficción y recrea que la necesidad de trascendencia del sujeto es más relevante que las necesidades impuestas por el mercado. De ahí la importancia de una *nouvelle* como *El hombre que quería escribir una carta* (2002), de Evelio José Rosero, una de las voces más destacadas en la actual narrativa colombiana y un referente importante en la literatura infantil y juvenil.

Este artículo busca analizar la propuesta estética e ideológica de Evelio José Rosero en *El hombre que quería escribir una carta*, una *nouvelle* sustentada en un juego metaficcional —el deseo y dificultad de escribir una carta— que arroja dardos críticos a un presente donde el ser humano se reduce a la condición de mercancía y sus preocupaciones laborales y pasatiempos vacuos no dan espacio para interrogarse por el sentido de la vida, el amor, el paisaje y la escritura. Para abordar este tipo de época se tiene en cuenta la idea de “tiempos líquidos”, propuesta por Zygmunt Bauman en varios de sus libros. Del mismo modo, para ahondar en el componente metaficcional, se retoman *La era del recelo*, de Nathalie Sarraute; *La escritura del desastre*, de Maurice Blanchot; *Mínima moralía*, de Teodoro Adorno; *Metafiction: The Theory and Practice of Self-Conscious Fiction*, de Patricia Waugh; y “El enigma de la poesía”, de Jorge Luis Borges.

El artículo está estructurado en seis momentos específicos: 1) El autor y su obra; 2) “Tiempos líquidos” y el arte como salvavidas; 3) El concepto de metaficción; 4) La necesidad de una carta y la pérdida del nombre en *El hombre que quería escribir una carta*; 5) El horror de la página en blanco y la romántica revelación; 6) Apuntes finales.



## 1. El autor y su obra

Evelio José Rosero Diago (Bogotá, 1958) ha logrado reconocimientos por ficciones sobre la violencia en Colombia y su historia turbulenta, téngase en cuenta, por ejemplo, *Los ejércitos* (Premio Tusquets de Novela 2006) y *La carroza de Bolívar* (Premio Nacional de Literatura 2014). En la primera, se ahonda en los estragos de la violencia colombiana en la conciencia de un viejo profesor, cuya vida se trastoca cuando a su pueblo llegan diversos actores de la guerra para generar masacres, desplazamientos y desapariciones forzadas. La segunda se ubica en la nueva novela histórica y en ella se desmitifica al libertador Simón Bolívar, quien en su campaña libertadora cometió actos de pedofilia y sevicia con habitantes de San Juan de Pasto el 24 de diciembre de 1822.

La preocupación de Evelio José Rosero por sondear la Historia, no sólo colombiana, sino también universal, se hace evidente en su novela *Plegaria por un papa envenenado* (2014). A partir de elementos carnavalescos (un coro de prostitutas como voz narrativa), se cuenta el asesinato del Papa Juan Pablo I. Apenas treinta y tres días duró su Pontificado. Varios cardenales corruptos urdieron su envenenamiento al interior del Vaticano.

Junto con sus novelas críticas frente a la violencia colombiana y episodios vergonzosos de la historia universal, Evelio José Rosero desarrolló una importante labor en literatura infantil y juvenil. Ganó el Premio Nacional de Literatura 2006 del Ministerio de Cultura, en la categoría cuento para público infantil por el relato “Los escapados”. Algunas de sus publicaciones en literatura infantil y juvenil son: *El aprendiz de mago* (1992), *El capitán de las tres cabezas* (1995), *Mateo solo* (1995), *Para subir al cielo* (1997), *Cuchilla* (2000), *La duenda* (2001) y *El hombre que quería escribir una carta* (2002).

Si bien *El hombre que quería escribir una carta* fue incluida en una colección denominada “Zona libre”, orientada a jóvenes adultos, la honda mirada al desamparo existencial del individuo contemporáneo hace que esta narración no se reduzca a un público adolescente. Puede ser leída por cualquier persona que se acerque a la literatura para acceder a una experiencia gozosa con el lenguaje y sacudirse con una historia cuyos dardos se orientan al hombre que al dedicarse a la supervivencia ha olvidado la vida; el hombre que quizás sabe escribir secas cartas de informe laboral, pero no sabe cómo escribir una carta donde brillen los afectos, las palabras embellecidas y la confianza en el otro.

## 2. “Tiempos líquidos” y el arte como salvavidas

“La vida líquida es una sucesión de nuevos comienzos,  
pero, precisamente por ello, son los breves e indoloros finales”

Zygmunt Bauman, *La vida líquida*.

El filósofo polaco Zygmunt Bauman (2006: 17) acuñó el adjetivo *líquido* (*a*) para referirse a un tiempo, una modernidad, un arte, un amor y una vida donde el afán por el presente, el individualismo y consumismo devorador dejan en segundo plano la trascendencia y las utopías: “La eternidad es evidentemente la gran marginada en este proceso”. Más que compromisos importan los desprendimientos. Los noviazgos se tornan relaciones de bolsillo y cambiar de pareja es igual a dejar un celular por otro más novedoso en el mercado. Las causas sociales, la rebeldía y las formas de lucha colectiva frente a hechos que atentan contra la vida se reducen a un “me gusta” en un muro de Facebook. Las clases de literatura en los colegios olvidan gradualmente la eternidad de los clásicos, pues es más cómodo leer libros de superación personal, *best sellers* y versiones cortas de las grandes obras de la humanidad. En este sentido, pareciera que la humanidad avanzara para concretar el tipo de mundo recreado por Ray Bradbury en *Fahrenheit 451*: una sociedad cuya felicidad artificial se sustenta en la eliminación de libros, recuerdos y personas que se niegan al vértigo de la velocidad porque prefieren caminar despacio e interrogar su contexto. La inmediatez y la velocidad no dan espacio a los proyectos a largo plazo: “La sociedad ‘moderna líquida’ es aquella en que las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y unas rutinas determinadas” (Bauman, 2006: 9).

La liquidez conviene a un mundo globalizado en el cual “el mercado sin fronteras es una receta perfecta para la injusticia y para el nuevo desorden mundial” (Bauman, 2001: 17). Para este último es oportuna la proliferación de individuos interesados por las conexiones en vez de las relaciones, entregados a la satisfacción del ego gracias a la comodidad del olvido, en lugar de la memoria y sus heridas que claman resistencia.

Como resistencia contra los “tiempos líquidos” queda el arte, cuya tarea espiritual consiste en proteger del olvido al ser humano, tal como resalta Milan Kundera en *El arte de la novela*. La literatura, sin sacrificar sus valores estéticos, debe invitar al lector a explorar grandes temas de la existencia: la soledad, el amor, la barbarie como contracara de la civilización y el sentido de la ficción. De este modo se rescata al hombre que se ha convertido en “una simple



cosa en mano de fuerzas –las de la técnica, de la política, de la historia– que le exceden, le sobrepasan, le poseen” (Kundera, 2004: 14).

Las preocupaciones por la trivialización del sujeto y la pérdida del ser vienen desde los albores de la modernidad, principalmente escritores románticos que postularon que el arte, como la vida, “ha de regirse por la necesidad del espíritu, no por meras necesidades materiales” (Schiller, 1990: 30). Lo planteado por el creador de la “Oda a la alegría” en *Cartas sobre la educación estética del hombre* tiene vigencia en la *nouvelle* de Evelio José Rosero. En las dos obras se sugiere que no es posible la libertad sin la belleza; ambas ennoblecen a los sujetos, sobre todo a aquellos “que desprecian el juicio de su época y levantan la mirada hacia su propia dignidad (Schiller, 1990: 31). Friedrich Schiller y otros románticos alemanes como Friedrich Hölderlin, Johann Wolfgang Goethe y Rainer Maria Rilke sabían que el género epistolar otorga ese carácter íntimo a la escritura para desahogar tensiones e indagar el ser, el tiempo y la literatura.

### 3. El concepto de metaficción



“La parábola de la ficción en la ficción pretende señalar lo relativo de todas las cosas, la poca seguridad y firmeza de lo que llamamos Realidad”

José María Merino, “Los límites de la ficción”

En *La Odisea*, *Las mil y una noches* e innumerables obras de tiempos remotos es frecuente el juego de la autoconciencia literaria: poemas y relatos que desnudan ante el lector su condición de artificios, se reconocen como ficción, resaltan los impulsos vitales que posibilitan la imaginación e, incluso, disertan sobre el sentido del arte y de las relaciones entre texto y contexto. Ahora bien, tal como advierte Patricia Cifre Wibrow (2005: 56), la metaficción tiene una larga historia, previa a la legitimación del concepto y “es preciso distinguir entre el origen del término y el fenómeno en sí mismo”.

Como fenómeno donde la ficción habla de la propia ficción están clásicos como *El Decamerón*, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, *Hamlet*, entre otros. Como concepto y categoría de estudio en la teoría literaria su aparición se encuentra el libro *Fiction and the Figures of Life* (1970), del escritor y crítico estadounidense William Howard Gass. Teóricos norteamericanos

y anglosajones urdieron en la década de los ochenta libros que son fundamentales en la teoría de la metaficción, piénsese, por ejemplo, en *Narcissistic narrative: the metafictional paradox* (1980) y *A poetics of postmodernism, history, theory, fiction* (1988), ambos de Linda Hutcheon, o *Metafiction: The Theory and Practice of Self-Conscious Fiction* (1984), de Patricia Waugh. En este último libro, Patricia Waugh (1984: 64; la traducción es mía) brinda esta valiosa definición:

La metaficción es un término dado a la escritura ficcional que autoconsciente y sistemáticamente orienta la atención en su carácter de artefacto en orden a cuestionar la relación entre ficción y realidad. Al proveer una crítica de sus propios métodos de construcción, tales escrituras no sólo examinan las estructuras fundamentales de la ficción narrativa, también exploran la posible ficcionalidad del mundo exterior al texto literario.

La literatura autoconsciente de su condición de artificio verbal e ideológico genera un pacto ficcional especial, en el cual el lector ya no sólo sigue una historia, sino también las digresiones sobre el sentido del arte y las difusas fronteras entre el mundo real y el mundo posible del texto literario. Como resalta el crítico colombiano Carlos Rincón (1995: 24), en las últimas tres décadas se ha acentuado “un giro de la narrativa hacia la introspección: la acción se concentra en la conciencia del protagonista, una conciencia que ahora puede incluir la conciencia misma de la ficción”.



#### 4. La necesidad de una carta y la pérdida del nombre

“Quería seguramente escribir una carta para vivir menos solo”

Evelio José Rosero, *El hombre que quería escribir una carta*

*El hombre que quería escribir una carta* es una *nouvelle* de cincuenta y cuatro páginas cuyo protagonista es un solitario de buenas costumbres que “pagaba sus facturas con puntualidad, respetaba la ley y los semáforos” (Rosero, 2002: 5). Es una ficha más en una sociedad normalizada de individuos dóciles y productivos que no representan un peligro para el *statu quo*. Sin embargo, “una noche percibió escalofriado que quería escribir una carta” (Rosero, 2002: 6). La rutina se quiebra con la intención de la escritura, el delirio de encontrar palabras justas que le ayuden a dimensionarse en términos de afectos y no en cifras o acciones “ciudadanas”. La tensión e intensidad del relato se configura en una doble vía. Por un lado la búsqueda de alguien que acepte

una carta personal y la imposibilidad de superar la página en blanco. Por otro lado, la reacción agresiva del entorno ante quien camina bajo la lluvia y prioriza la intensidad de una carta en vez de su empleo. Ambas situaciones dan cuenta de una propuesta metaficcional que indaga las dificultades de la creación y la recepción en una sociedad donde el gusto por la naturaleza y las tareas complejas del espíritu son vistos como pérdida de tiempo.

Ninguno de los personajes de la *nouvelle* es llamado por su nombre. No se indica la ciudad y menos aún quiénes son los parientes del protagonista. El lector no conoce su identidad, familia, fisonomía ni grandes deseos. Esta ausencia de nombres es un silencio de enorme contundencia, silencio acusador, silencio en la llaga de un orden universal apenas interesado por la acumulación del capital, un orden que potencia “el debilitamiento de los vínculos humanos y el languidecimiento de la solidaridad” (Bauman, 2007: 40). De ahí que el texto narrativo de Evelio José Rosero ponga su foco en ese hombre que “todo lo ha perdido, poco a poco, sus antepasados, su casa solariega, sus vestidos, su cuerpo y su rostro y, por encima de todo, ese bien precioso entre los demás: su propio carácter y, a menudo, su propio nombre” (Sarraute, 1967: 3).

Como un retrato doloroso de la época, la ficción contemporánea recrea en muchos personajes la pérdida paulatina de “atributos y prerrogativas” (Sarraute, 1967: 3). En esta línea se ubica *El hombre que quería escribir una carta*. Sus páginas muestran empleados cuyos nombres propios no importan y son señalados por su oficio: cartero o “la muchacha de la bicicleta en el circo”. Ni Juan, ni María, ni cualquier palabra que instaure la persona. Se es lo que se hace para sobrevivir; el valor es comercial, como código de barras o serial de documento abandonado en un gris archivo. A quienes no se les conoce su actividad económica se les arroja calificativos que invisibilizan: “un desconocido, una desconocida” (Rosero, 2002: 7). Al único al que se da un apellido y una distinción es al gerente: “Señor Camino” (Rosero, 2002: 9).

La *nouvelle* refigura la vigilancia y castigo permanente a quienes –en horas laborales o no– procuran un poco de redención a través de la belleza, trátase de una carta personal o unas flores en la oficina para recordar que la naturaleza existe más allá de sellos, firmas y opacas oficinas: “Se sabía de un contador que fue despedido porque dedicó las dos horas del almuerzo a sembrar hortensias azules alrededor de su escritorio. A él podría ocurrirle lo mismo por intentar escribir una carta (Rosero, 2002: 9).



Los “tiempos líquidos” aceptan el descanso cuando entra en sintonía con la docilidad, no con la trascendencia y, menos aún, la resistencia. Conviene la pereza, las horas muertas, el esparcimiento en momentos vacuos frente a pantallas titilantes, la siesta donde el cerebro apaga sus funciones. Interesa que los empleados “vivan para sobrevivir” (Bauman, 2002: 16) y permanezcan en la condición de “lumpen proletariado espiritual” (Bauman, 2002: 16). Detrás de una carta y unas hortensias azules está la amenaza del “ocio creativo”: condición necesaria para quien repiensa el mundo, filosofa y expresa su malestar de época a través de la creación estética, trátase de una novela, un cuento, un poema o, al menos, una carta. El “ocio creativo” otorga la posibilidad de la contemplación estética, el antídoto contra el afán y el vértigo del trabajo para llevar al sujeto a auscultar lo falsificable de la sociedad normalizada. El ocio creativo está cargado de magia, rebelión y memoria, tal como advierten Francesco Petrarca en *De vita solitaria*, Robert Louis Stevenson en “Apología del ocio” y Bertrand Russel en “Elogio de la ociosidad”.

El protagonista de *El hombre que quería escribir una carta* lucha por pasar del descanso convencional al ocio creativo. Se dice al inicio de la *nouvelle* que “sabía entenderse con la televisión, todas las noches, a partir del noticiero, y se dormía, como es costumbre” (Rosero, 2002: 6). Luna tras luna el lugar común: la televisión como nana que lo lleva al sueño. No tiene la promesa de felicidad que otorga una biblioteca. Los textos en casa son una prolongación de su trabajo. En el escritorio “brillaban muy organizados los libros de contaduría de la empresa” (Rosero, 2002: 7). De repente, como una iluminación, decide que va a escribir una carta. La idea lo conmociona. Percibe que “no era lo mismo una carta comercial que una carta especial” (Rosero, 2002: 7), o “un correo electrónico” (Rosero, 2002: 11).

Lograr “una carta especial” (Rosero, 2002: 7) significa para el protagonista llegar a la casa íntima de su ser, su morada contra los asedios de lo cotidiano pues lo han exiliado de la vida y reducido a la mera condición de la supervivencia. Le han privado de tantos atributos que sólo le queda reinventarse a través de la palabra, “hallar en el escribir su lugar de residencia” (Adorno, 2006: 91). Antes de emprender esa tarea sagrada y sumergirse en los rigores del acto creativo quiere estar puro, borrar de su piel los ecos de oficina: “Debajo del chubasco sintió como si la lluvia lo purificara” (Rosero, 2002: 12). Ahora bien, “purificarse no es llana y simplemente limpiarse” (Bachelard, 1993: 214); es un rito para despojarse de las urgencias materiales, emprender la ensoñación y encontrar en la profundidad de las palabras “los símbolos de la vida humana íntima” (Bachelard, 1993: 226), los matices de las cosas y los olores del universo.





## 5. El horror de la página en blanco y la romántica revelación

“Todo lo que lo rodeaba, la ciudad, el mundo, era la hoja blanca encima del escritorio,  
pero una inmensa hoja fría, muerta, aplastada de luz de luna”

Evelio José Rosero, *El hombre que quería escribir una carta*

Entre el anhelo de una carta que permita “deshacer la soledad” (Blanchot, 1990: 13) y la culminación del acto creativo hay un abismo y, a su vez, una esperanza. Las páginas finales de *El hombre que quería escribir una carta* representan la angustia del protagonista por no terminar su propósito ni cruzar unas palabras con “la muchacha de la bicicleta en el circo”, quien le envió una carta disculpándose por confundirlo con un ladrón durante una noche lluviosa. Él planeaba asistir a la última función del circo en la ciudad donde encontraría a la trapecista, pero antes de partir llega a su casa el gerente y su esposa, quienes lo retienen para convencerlo de retornar a la empresa. Cuando deja en casa a quienes obstaculizan sus anhelos, es inútil su carrera despavorida porque no queda ni la carpa. Se percibió “viejo y derrotado, enfermo de todo y de nada” (Rosero, 2002: 54). Sin embargo, en el sitio donde “el gran toldo blanco había sido desmontado” (Rosero, 2002: 54) ocurre una revelación:

En su lugar un círculo de arena flameaba debajo de la luna, un gran círculo por donde él se paseó hasta ubicarse sin saberlo en la exacta mitad. Desde allí contemplaba insistentemente el cielo estrellado. Feliz, a pesar de todo, creía descubrir allá arriba otra carta iluminada; era la despedida de la muchacha en otra hoja inmensa como el cielo, que él empezó a leer, como si oyera su voz.

En la *nouvelle* sobresale el pulso del escritor para insertar en escenas precisas la metáfora y los recursos poéticos. Muchos autores por engalanar sus relatos convierten las expresiones líricas en ornamentos sospechosos, volviendo inverosímiles sus narraciones por tanta dulzura y excesos verbales. Otra cuestión es cuando, más allá del efectismo de unas frases, se poetizan algunas escenas y lucen pertinentes dentro de las coordenadas del pacto

ficcional. Saber en qué momento puntual la prosa necesita a la poesía demanda oficio literario, que por supuesto es detectable en Evelio José Rosero. Los recursos líricos son ubicados estratégicamente en pasajes que sondan “los resortes más profundos de nuestra personalidad” (Cortázar, 2013: 31). Evita los lugares comunes de la queja, melodramas y párrafos obvios que explican los afectos de los personajes.

La fuerza estética de *El hombre que quería escribir una carta* reside en una brevedad rica en alusiones para dimensionar las inquietudes espirituales del protagonista. El final es abierto. Entre lo dicho y lo callado, al lector corresponde el juego de imaginar qué pasará con ese hombre que se ha levantado contra los “tiempos líquidos”, cómo será su carta o las muchas que broten de sus manos, la posibilidad de seguir a “la muchacha de la bicicleta en el circo”, hasta que sea posible el amor, esa “red arrojada sobre la eternidad” (Bauman, 2005: 25).

La búsqueda del amor y la trascendencia están finamente aludidas en la metáfora del cielo como “carta iluminada” (Rosero, 2002: 54). La ausencia y la presencia diluyen sus fronteras. La mujer se ha ido con el circo, pero el protagonista pareciera oír su voz cuando comprende que hay signos ocultos en el firmamento. Entre sus pies y sus ojos encallados en las estrellas está la intención de persistir en la carta y no resignarse a la humillación de aceptar el trabajo que le reintegra un gerente.

En *Metafiction: The Theory and Practice of Self-Conscious Fiction* (1984), Patricia Waugh resalta cómo la literatura autoconsciente tensiona e indaga las relaciones entre la ficción y la realidad. Dicho planteamiento cobra un matiz especial en el texto narrativo del autor colombiano. En sus cincuenta y cuatro páginas están los miedos, preguntas, excusas, distracciones y obstáculos de quien elige “la hoja más blanca y se queda con la pluma de escribir igual que con la cuchara de la sopa” (Rosero, 2002: 7). La complejidad del acto creativo burla a quien gasta su tiempo en indumentarias y agüeros para alcanzar la “inspiración”: “Se duchó en agua caliente, se vistió de azul entero, puso una flor roja en una esquina del escritorio, encendió una vela amarilla, y no pudo escribir la carta” (24). Del mismo modo, la metaficción evidencia que hay escritura fuera de las hojas ocupadas por la tinta. El protagonista lee en el cielo una carta azul y descifra mensajes en la lluvia para que rompa la rutina. En medio de la ciudad –correrías, fobias y esclavos de las horas laborales– la naturaleza arroja sus signos para que el hombre recupere el asombro, el poder de la contemplación, la capacidad de encontrar en la simpleza motivos de gozo. El protagonista descubre que el mundo es un libro de páginas diversas: unas bellas, con sus rosas, aguas y árboles; otras lúgubres, con sus calles y semáforos:



## La búsqueda de la palabra poética en ‘tiempos líquidos’:

### *El hombre que quería escribir una carta*

Salió a la noche. No llovía: sólo parecía que otra lluvia invisible cayera. Las calles vacías rodeaban el parque, también vacío, iluminado de blanco. Se vislumbraba el jardín a través de los árboles: allí temblaban las flores que sobrevivían al invierno.

Hacia allá fue. Descubrió un banco de madera, en las orillas, un banco que no recordó ver nunca. Quería descansar, olvidarse del mundo, con el jardín ante sus ojos. Y, sin embargo, algo pulverizó su reposo: era que pensaba aún en el desierto, pensaba que todo lo que lo rodeaba, la ciudad, el mundo, era la hoja blanca encima del escritorio, pero una inmensa hoja fría, muerta (Rosero, 2002: 25).

“Una inmensa hoja fría, muerta” (Rosero, 2002: 25) es el trabajo, volver a casa para dormir con el televisor prendido, recorrer calles para pagar facturas. De ese mundo quiere olvidarse el protagonista, dejar atrás la ciudad y sus “monstruos aterradores” (Bauman, 2007: 30) que se enriquecen “extrayendo el veneno del miedo” (Bauman, 2007: 30). El mundo que le interesa gravita en flores, lluvia y cartas en páginas de papel o páginas de cielo. La revelación llega a sus ojos en un jardín y “un banco que no recordó ver nunca” (Rosero, 2002: 25). Comprende que hay demasiada poesía alrededor en espera de sus ojos. Cómo no recordar acá las sabías consideraciones de Jorge Luis Borges (2001: 17): “La vida está, estoy seguro, hecha de poesía. La poesía no es algo extraño: está acechando, como veremos, a la vuelta de la esquina. Puede surgir ante nosotros en cualquier momento”.

La belleza y sus enigmas llegan al personaje sin nombre de la *nouvelle*. “El roce de la poesía, ese especial estremecimiento” (Borges, 2001: 35) se manifiesta en los dolores de cabeza y delirios que sacuden su cuerpo y no es capaz de nombrar en una carta. La imposibilidad de esa escritura no necesariamente entraña derrota. Quizás ese silencio sea un lenguaje oculto cuyo mensaje es la aceptación de una vida poetizada, a la cacería del amor y los instantes donde la eternidad graba sus misterios: “Sabemos qué es la poesía. Lo sabemos tan bien que no podemos definirla con otras palabras, como somos incapaces de definir el sabor del café, el color rojo o amarillo, o el significado de la ira, el amor, el odio, el amanecer, el atardecer o el amor por nuestro país” (Borges, 2001: 34). A veces callar es el mejor homenaje a algo profundamente hermoso que está conmocionando el espíritu. Todavía se está bajo una fuerza mística y quizás las palabras deban guardarse para otros momentos.



El final del relato tiene relación con el planteamiento de Borges. El protagonista no ha escrito una carta en una página blanca, pero ha leído cartas en el firmamento y se siente “feliz, a pesar de todo” (Rosero, 2002: 54). Es como si un simple empleado recuperara su condición de hombre, “la energía de la trascendencia” (Bauman, 2001: 15), e iniciara el camino para restablecer los vínculos sagrados entre su yo, la naturaleza, la belleza y la divinidad. Atiende a un llamado panteísta: “unirnos con la naturaleza, con un Uno e infinito Todo, ésta es la meta de cualquiera de nuestros esfuerzos [...] Humanidad y naturaleza se unificarán en una única divinidad que lo abarcará todo” (Hölderlin, 1946: 56). La naturaleza no únicamente como fuente de recursos para el progreso, sino un organismo vivo en el cual cada cosa tiene su encanto: el vuelo de un insecto o una tormenta. Nada merece culparse y si “un trueno voraz quemó los cielos” (Rosero, 2002: 13) es porque la luz necesita reinventarse, “como si otro mundo apareciera” (Rosero, 2002: 13).

Es posible una valoración del texto narrativo de Evelio José Rosero a la luz del Romanticismo, cuyo espíritu nacido en la agonía del siglo XVIII cobra vigencia en un mundo líquido y obsesionado por el consumismo que requiere la rebeldía de la belleza: “El Romanticismo no fue una mera escuela pictórica, un movimiento poético o musical, sino una actitud vital, el espíritu de las generaciones humanas a fines del siglo XVIII y a comienzos del XIX, una manera de asumir el mundo y nuestra presencia en él” (Ospina, 1994: 13).

El protagonista es romántico en su “actitud vital” (Ospina, 1994: 13), aunque durante largo tiempo no se hubiera dado cuenta. No es indiferente al dolor ajeno. En él hay fraternidad. Ayuda a quien lo necesita: “Abandonar un ciego en la avenida iba en contra de su ser entero. Se armaba de coraje y otro ciego del mundo era salvado de caer bajo las llantas de la civilización” (Rosero, 2002: 6). Sus ansias de escribir una carta son “visos de locura” (Rosero, 2002: 8) que lo llevan a ser catalogado como “un hombre raro” (Rosero, 2002: 9). Sin embargo, su locura no es patología sino lucidez, una capacidad de sacudir el *statu quo* para encontrar formas de la felicidad distintas al dinero. Es digno en su condición, no le avergüenzan los juicios de valor del contexto: “Sin que supiera cómo ni cuándo y sin que lograra evitarlo se vio a sí mismo corriendo desahogado. Oyó que una voz de señora exclamaba a su paso: 'Este hombre corre como un niño', y eso le agradó” (Rosero, 2002: 39).



## 6. Apuntes finales

La *nouvelle* de Evelio José Rosero rompe con las elecciones frecuentes de quienes publican con la Editorial Norma en la colección “Zona Libre” para “jóvenes adultos”. La mayoría de ficciones priorizan al público lector del canon escolar y toman como protagonistas adolescentes inquietos por el asunto de la identidad, incomprendidos en sus familias y afectados por el *bullying* en la escuela: *La lluvia sabe por qué*, de María Fernanda Heredia; *Melanie, historia de una anoréxica*, de Dorothy Joan Harris; *Sólo tres segundos*, de Paula Bombara; *El disfraz*, de Janina Pérez de la Iglesia; *Me dicen Sara Tomate*, de Jean Ure; *Los años terribles*, de Yolanda Reyes. Otros autores optan por cautivar con historias maravillosas, de terror o crímenes: *Atalanta, la cazadora*, de Stephanie Spinner; *El quinto dragón*, de Paulina Aguilar; *El beso de plata*, de Annette Curtis Klause; *El misterio de Crantock* y *Los vecinos mueren en las novelas*, de Sergio Aguirre.

Con relación a las obras mencionadas que hacen parte de la tradición colombiana surge un interrogante: ¿Cómo digiere y transforma la literatura juvenil colombiana la *nouvelle* *El hombre que quería escribir una carta*? Pues bien, en lugar de vampiros, magos, asesinos y jóvenes enamorados que enfrentan conflictos en los colegios, Evelio Rosero escoge como protagonista a un adulto. La aventura de escribir –motivaciones e imposibilidades– ocupa las páginas de su ficción. No ocurren muertes, ni hechos fantásticos. Por encima de los giros de la anécdota, están los giros de la conciencia (del ente al ser, de la supervivencia a la vida poetizada). Su protagonista pasa de ser un trabajador común y corriente a un romántico que lee en la naturaleza signos sagrados. En él latén los versos de Hölderlin (1946: 46): “El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando piensa”.

Gracias a los recursos y digresiones de la metafiction, el autor colombiano logra que, por encima de la acción, el lector reflexione sobre la cotidianidad y el peso ontológico de la escritura. Esta se convierte en una forma de resistencia contra “tiempos líquidos” en los cuales –como sugiere Bauman en sus libros– reinan el afán, el excesivo consumismo, las virtualidades y la falta de compromiso frente al amor, la familia y el arte. El peso ontológico de la escritura en *El hombre que quería escribir una carta* reposa sobre un tejido verbal donde la sencillez es un valor estético. Su lenguaje es depurado, la poeticidad es fina y hay una estructura ágil –sin juegos con el tiempo ni alternancia de narradores– para que lectores de diferentes edades disfruten sus páginas.

El tratamiento estético de Evelio José Rosero hace especial esta *nouvelle*. El lenguaje poético no es un simple ornamento. Configura escenas contundentes que acentúan la soledad, el hastío de las repeticiones y el deseo de trascender en el tiempo de quien rompe con el orden del trabajo y estimula la imaginación.

El carácter metaficcional del relato hace universal una *nouvelle* en la cual no importa las edades de quienes se sumergen en sus intersticios porque todos, en su presente o futuro, se verán amenazados por los sinsabores del trabajo y sólo el amor y la belleza podrán salvaguardar su ser, brindarles los placeres de la sublimación y la catarsis. Cuando la alienación lleva al desastre y pareciera que el sujeto está “separado de la estrella” (Blanchot, 1990: 11) queda “lo imaginario como aquello que escapa del poder” (Blanchot, 1990: 15).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, T. (2006). *Mínima Moralia*. Madrid: Editorial Taurus.
- BACHELARD, G. (1993). *El agua y los sueños*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- BAUMAN, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- \_\_\_\_\_ (2005). *Amor líquido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- \_\_\_\_\_ (2007). *Tiempos líquidos*. México: Tusquets Editores.
- BLANCHOT, M. (1990). *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- BORGES, J. L. (2001). *Arte poética*. Barcelona: Editorial Crítica.
- CIFRE WIBROW, P. (2005). “Metaficción y postmodernidad: interrelación entre dos conceptos problemáticos”. *Revista Anthropos, huellas del conocimiento*, 208, pp. 50-58.
- CORTÁZAR, J. (2013). *Clases de literatura*. Bogotá: Editorial Alfaguara.
- HÖLDERLIN, F. (1946). *Hiperión*. Buenos Aires: Editorial Emecé.
- KUNDERA, M. (2004). *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets Editores.
- OSPINA, W. (1994). *Es tarde para el hombre*. Bogotá: Editorial Norma.
- RINCÓN, C. (1995). *La no simultaneidad de lo simultáneo: postmodernidad, globalización y culturas en América Latina*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.
- ROSETO, E. J. (2002). *El hombre que quería escribir una carta*. Bogotá: Editorial Norma.
- SARRAUTE, N. (1967). *La era del recelo: Ensayos sobre la novela*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- SCHILLER, F (1990). *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- WAUGH, P. (1984). *Metafiction: The Theory and Practice of Self-Conscious Fiction*. New York: Routledge.

